

A sepia-toned portrait of Errico Malatesta, a man with a full beard and mustache, wearing a suit and tie. The portrait is the background of the book cover.

Errico Malatesta
y la violencia
revolucionaria

Alfredo M. Bonanno



Título original: *Errico Malatesta e la violenza rivoluzionaria*, Edizioni Anarchismo 2009.

Bardo ediciones, agosto de 2010

bardoediciones.net | bardo@riseup.net

Bardo, Fonollars 15, 08003 Barcelona

Se permite y se alienta la reproducción total o parcial de este libro. En la página web de la editorial se puede descargar en formato pdf.

Este libro es gratis para presos/as y bibliotecas sociales. Para recibir una copia, poneros en contacto con la editorial.

Errico Malatesta
y la violencia revolucionaria

Alfredo M. Bonanno

Introducción

Nada mejor que la lectura de mis intervenciones sobre Malatesta en el encuentro anarquista de Nápoles, en diciembre de 2003, para entender cómo cada intención de justificar o condenar el concepto de violencia revolucionaria es, a priori, una batalla perdida. La violencia revolucionaria no necesita mis justificaciones y no puede ser vilipendiada por ningún tipo de condena, aún viniendo esta de las mismas filas anarquistas.

A fin de cuentas, el pacifismo también es un falso problema y no merece ser refutado recurriendo a demasiadas palabras.

Mi esfuerzo no tenía, ni tiene aquí, en esta sede, la intención de proporcionar justificaciones a la violencia revolucionaria. Solo quería, y quiero, proporcionar una contribución al pensamiento y a la actividad revolucionaria de Errico Malatesta. Muy a menudo se han dicho muchas cosas infundadas, y muy a menudo también se ha identificado a este anarquista con movimientos y hasta con partidos y es que, de buen revolucionario que era, Malatesta no se preocupaba por ordenar sus papeles y resolvía los problemas a medida que se

presentaban, buscando la respuesta en la confrontación social y no en silogismos teóricos.

La guerra social continúa, la violencia revolucionaria es, simplemente, la expresión que más fácilmente se percibe, pero no la única, y según el punto de vista tampoco la más importante.

Confío estas páginas al cuidado del lector. Haga de ellas un buen uso, pero no espere obtener de ellas lo que no les pueden dar.

La cita más importante es siempre en las barricadas.

Trieste, 26 de noviembre de 2008
Alfredo M. Bonanno

Renunciar a la violencia liberadora, cuando esta es la única manera de poner fin al sufrimiento diario de las masas y a las crueles tragedias que azotan la humanidad, sería responsabilizarse de los odios que se lamentan y de los males que del odio surgen.

Errico Malatesta

Malatesta y el concepto de violencia revolucionaria

No soy un historiador, pues entonces no hablaré como tal. Mi interés por Malatesta empezó hace ya más de 30 años, cuando me encargué de la edición comentada de «La anarquía». La lectura de los textos más conocidos de Malatesta y de la antología editada por Richards despertó mi curiosidad. Me sorprendió encontrarme delante de un anarquista que no recurría ni al cómodo sentido común de quien quiere ser comprendido por las masas, ni al pomposo lenguaje de quien conoce sin admitirlo la influencia de la vanguardia literaria y filosófica. Malatesta me pareció un hombre informado y que carecía de esa intención a menudo arrogante y obstinada de impresionar al oyente. Pero lo que más me impresionó fue su lenguaje, simple y eficaz. Su razonamiento sosegado pero persuasivo. Frente a un Galleani que me llenaba el oído de sonidos rebuscados o de un

Schicchi que recurría a una retórica para mí innecesaria, Malatesta se presentaba como un hombre concreto, un revolucionario que quería destruir pero también construir, que poseía una cultura considerable pero que no quería exhibirla si no era necesario.

Profundizando en la lectura de sus escritos, me pareció oportuno reflexionar sobre los procesos que conducen a la construcción de un líder. Nada en Malatesta reclamaba a esta infausta designación y, aún así, el comportamiento de los compañeros, incluso más que el de sus adversarios, lo encerraba en esa incomoda armadura. Recuerdo haber leído en algún lugar algo sobre un Lenin italiano, pero la memoria me podría fallar, así que no quiero dar énfasis a este embarazoso paralelismo, pero me siento obligado a remarcar que incluso en el cartel redactado para publicitar este encuentro está escrito que Malatesta «fue uno de los revolucionarios más famosos de su tiempo», como si la cosa pudiera interesarle a quien hoy (pero también en su época) quisiera acercarse a su obra. La fama es cosa del poder, es construida y utilizada por él. Nuestra tarea —o así me parece a mí— apoyándonos en un compañero, quien quiera que este sea e indiferentemente de si haya «hecho» o «pensado» más o menos que otros (interesante diferencia, si existe, aunque poco clara), no es cierto lo de empezar por su fama, que debería-

mos dejar para los torpes artículos de los periódicos, a los libros de historia dirigidos a confirmar la supremacía de los vencedores, o a los archivos de la policía. Pero es cierto que muchos de nosotros, no digo todos, necesitan un líder, sienten como si no estuviera del todo revocado el antiguo espíritu gregario, se someten al juicio de quien ve más lejos, para luego saltarle encima al primer cambio de viento. Es cierto eso de que la revolución no se hará si antes no se hacen los revolucionarios.

Las siguientes reflexiones han sido fruto del análisis de algunos párrafos de los escritos de Malatesta. He elegido estos párrafos siguiendo un criterio de comodidad, o sea que he preferido tomar en consideración los referentes más claros de la indispensabilidad de la violencia revolucionaria, las características de este tipo de violencia y su fundamento moral. Tratándose de problemas de gran importancia, muchos podrían remarcar la ilegitimidad de este método. ¿Qué sentido tiene —ya oigo decir— extrapolar algunos conceptos de Malatesta sacándolos de su contexto histórico, e incluso del contexto de redacción o lingüístico para tomarlos en consideración, como si pudieran pretender tener una vida autónoma, gemas aisladas capaces de resplandecer por sí mismas sin necesidad de soporte alguno? De hecho, siempre he sostenido que esta objeción y el método que está en su base y que la justifica, están fundados

sólo cuando nos encontramos ante un teórico que desarrolla su pensamiento de manera orgánica y progresiva y que a ello se limita, dejando que todo eso que tiene que decir (y hacer) se concentre en la propia producción teórica. Pero para un revolucionario es distinto. Cuando Malatesta escribía algo se dirigía a un referente preciso que más o menos podemos considerar como el movimiento revolucionario anarquista de su tiempo. No escribía para profundizar su pensamiento o para hacerlo aún más completo y exhaustivo. No pretendía empezar por lo que había dicho en cualquier otro momento (hipotéticamente acordado antes en el interior del proceso histórico) para llegar a algo que habría dicho sucesivamente (también acordado en un futuro más o menos a corto o medio plazo). Cada idea de Malatesta era acogida directamente, inmediatamente, por los compañeros que lo escuchaban, lo leían u oían hablar de él. Y esta idea era asimilada singularmente por las conciencias de los compañeros, quienes la hacían suya y usaban su contenido actuando según su propia visión de la vida, convirtiéndola en sangre de su sangre, pulso de sus deseos, alma de los proyectos en construcción. Ninguno de ellos se preguntaba de que manera y dentro de que límites esa idea estaba conectada con lo que Malatesta había dicho en un texto, discurso, artículo, etc.

Cuando Camille Desmoullins se sube a una silla e incendia la plaza contra la monarquía, son sus palabras las que impactan a las masas, las que incitan a la conquista y a la destrucción de la Bastilla, no lo que el dijo en otras cientos de ocasiones o lo que diría después. Cuando Saint-Just pronuncia las palabras «Luis contra nosotros», son precisamente esas tres palabras las que marcan el fin del rey y de la monarquía, no las teorías del jacobino sobre los destinos morales de la revolución burguesa.

Entiendo que esta reflexión pueda no ser compartida, y es justamente sobre este punto que hay que reflexionar minuciosamente, si no queremos que cada ocasión como ésta se reduzca a una discusión vacía y superflua de críticas con bases históricas o tomadas, más o menos, como si fueran herramientas para domar la vida. Los anarquistas no necesitamos que los revolucionarios del pasado, ni Malatesta en primer lugar, nos hablen a través de la globalidad de su pensamiento compacto y orgánicamente bien definido. Dejemos que se ocupen de este aspecto los historiadores profesionales, amantes del detalle y dispuestos a morir ahogados en él. Dejemos que cada palabra suelta retumbe en nuestro corazón con la misma eficacia con la que retumbaba en el corazón de quien la escribía, oía o leía. Dejemos que sean nuestros deseos (y nuestras actuales necesidades) las que

nos sirvan de interprete y no el sudario cultural, que a menudo sirve para proporcionar coartadas y para apagar el entusiasmo.

Lo que le pedimos a Malatesta, y a muchos otros compañeros como él, es una chispa, una luz repentina, una pequeña aportación: una ocasión para reflexionar antes de actuar. No le pedimos que razone en nuestro lugar, ni que construya para nosotros un proyecto entero, con todas sus partes. No queremos que sea el pasado el que nos haga entender el presente. Lo que nos aporta la historia es ciertamente importante, pero no es lo único de lo que carecemos. Muy a menudo sucede que cuanto más tiende a aumentar esta aportación y cuanto más información, datos, documentación y reflexiones tendemos a acumular, el momento de la acción se aleja, consecuentemente, cada vez más. El enemigo contra el que debemos luchar está delante de nuestros ojos, construye y planea las condiciones de la explotación de hoy y de mañana, no se para a dar explicaciones de la explotación de ayer, y frecuenta las aulas universitarias solamente para golpearnos mejor y hacernos incapaces de entender los nuevos modelos represivos. Si le pidiéramos a Malatesta una respuesta para cada uno de los nuevos elementos en base a los cuales el nuevo poder está tomando forma, no obtendríamos respuestas útiles. Pero hay algo que sí podemos preguntar y esto, de manera particular, toma la forma de la reflexión moral.

Y es por esto que he escogido el concepto de violencia en Malatesta en esta presentación, para discutirlo junto con vosotros de la manera más sencilla posible, pero también de la manera más clara.

Los anarquistas están en contra de la violencia. Es sabido. La idea central del anarquismo es la eliminación de la violencia de la vida social; es la organización de las relaciones sociales fundadas en la libre voluntad de las individualidades sin la intervención de los gendarmes. Por esa razón somos enemigos del capitalismo que, respaldándose en la protección de los gendarmes, obliga a los trabajadores a dejarse explotar por los dueños de los medios de producción, también a estar ociosos o a pasar hambre, según los patrones estén o no interesados en explotarles. Por eso somos enemigos del Estado que es la organización coercitiva, o sea, violenta, de la sociedad. Pero, si un caballero dice que considera bárbaro y estúpido entenderse a golpes de bastón y que es injusto y malvado obligar a alguien a cumplir la voluntad del otro bajo amenaza de pistola, ¿a caso es razonable el deducir que ese caballero tenga la intención de hacerse apalear y de someterse a la voluntad ajena sin recurrir a los medios más extremos para defenderse?... La violencia es justificable solo cuando es necesaria para defenderse a uno mismo o a los demás

de la violencia. Donde termina la necesidad empieza el delito... El esclavo siempre está en un estado de legítima defensa, así que su violencia contra su patrón, contra el opresor, está siempre moralmente justificada y tiene que ser regulada solo con el criterio de su utilidad y de la economía del esfuerzo humano y de los sufrimientos humanos.

«Umanità Nova»
25 de agosto de 1921

Inicialmente parece que Malatesta quiera ceñir la justificación del uso de la violencia a una dimensión defensiva. La única violencia justificada es aquella con la que nos defendemos de un abuso. Pero más adelante añade: quien se encuentra en una posición constante de legítima defensa, o sea, el explotado, está siempre en el derecho de atacar a quien lo explote, teniendo en cuenta la utilidad de ese ataque y los sufrimientos humanos que inevitablemente comporte. Así pues, no está hablando de la «violencia» de forma abstracta, como desgraciadamente ocurre muy a menudo entre los compañeros —diatriba que alimenta muchos de los errores del pacifismo—, sino que habla de una realidad de clase en la que están legitimados a usarla los que a ella pertenecen. Que el uso de la violencia tenga como consecuencia una condena impuesta por la ley en vigor, no es un argumento que pueda interesarle a los anarquistas. Queda la

valoración práctica, la utilidad de la acción violenta y los sufrimientos que provoca. Malatesta no es un discípulo de Mach, pero vista su cultura filosófica, y visto que las ideas empírico-criticas no eran raras en el clima cultural italiano de los años veinte, puede que haya tenido en cuenta este referente, pero se trata de una utilidad más concreta, no de esa general que sugería el economicismo filosófico. Desgraciadamente, ninguna acción llevada a cabo por los explotados, considerados de manera singular o colectiva, puede tener a priori una garantía de utilidad. Este concepto —y el mismo Malatesta lo afirma en otros escritos cuando dice preferir a quien actúa mucho que a quienes esperan y acaban sin hacer nada— tiene una única explicación. La acción violenta debe absolver todas las condiciones lógicas que la hacen moralmente fundada, pero no puede prever todas las consecuencias de su naturaleza. Las condiciones lógicas son, en primer lugar, la situación personal y colectiva de quien se insurge violentamente contra el enemigo de clase, luego la identificación, lo más exacta posible, de dicho enemigo, la elección de los medios a utilizar, y el estudio de todo lo necesario para reducir al mínimo ese sufrimiento humano que representaba para Malatesta la segunda parte del problema. Todo esto es lo que se pide a quien actúa, y todo esto puede ser considerado como el significado amplio y no específico de «utilidad».

De hecho, solo respetando profundamente estas condiciones, en otros términos, solo escogiendo bien los objetivos y los medios, teniendo en cuenta incluso los mínimos particulares que podrían determinar un exceso de sufrimiento imputable al descuido o a la superficialidad, solo así la acción puede ser leída como respuesta a la represión o a la explotación y no necesitar justificaciones posteriores, siempre desagradables, y muy a menudo incomprensibles para la gente. Y ciertamente, no carece de importancia que determinadas acciones de ataque necesiten una explicación. Los autores mismos se dan cuenta de ello y sugieren esta explicación en lo que comúnmente se ha acordado llamar «reivindicación». Desgraciadamente, casi siempre estas reivindicaciones —salvo casos ejemplares— son incomprensibles para la mayoría, perjudiciales para la clarificación de la acción por sí misma, indicativas de la poca lucidez de quien las ha escrito y más cosas todavía. La simplicidad no suele ser una de las virtudes de estos documentos que confirman el hecho de que la acción no consigue hablar por sí sola. Esta dificultad de la acción de la que estoy hablando aquí es imputable a una ausencia de análisis en la elección del objetivo, de los medios para alcanzarlo, etc., dicho de manera breve: denuncia una ausencia de orden moral. Quién tiene claro lo que hay que hacer, no posee esta clarividente agudeza de visión por don

del azar, sino por haber valorado anteriormente todas las posibilidades que humanamente fuese posible valorar. Incluso en esta eventualidad las cosas pueden ir mal, pero se trata de un riesgo que tenemos que correr si queremos actuar.

Seguramente existen otras personas, otros partidos, otras escuelas tan sinceramente devotas al bien general, como pueda serlo el mejor entre nosotros. Pero lo que diferencia a los anarquistas de todos los demás es, sin duda, el horror por la violencia, el deseo y la intención de eliminar la violencia, es decir, la fuerza material, la competencia entre las personas. Se podría decir por esta razón que la idea específica que diferencia a los anarquistas es la abolición del gendarme, la exclusión fuera de los factores sociales de la regla impuesta a través de la fuerza bruta, ya sea esta legal o ilegal. Pero entonces surge la pregunta, ¿por qué en la lucha actual contra las instituciones político-sociales, que se consideran opresivas, los anarquistas han predicado y practicado, y predicán y practican, cuando pueden, el uso de medidas violentas aún estando éstas en evidente contradicción con sus fines? ¿Y esto hasta el punto que, en ciertos momentos, muchos adversarios de buena fe han pensado, y todos aquellos que de mala fe han fingido creer que el carácter específico del anarquista es la violencia? La pregunta puede parecer embarazosa, pero se

puede contestar con pocas palabras. Y es que para que dos vivan en paz, es necesario que los dos quieran la paz; si uno de los dos se obstina en querer obligar por la fuerza a que el otro trabaje para él y que le sirva, el otro si quiere conservar la dignidad como persona y no ser reducido a la más abyecta esclavitud, a pesar de todo su amor por la paz y la armonía, se sentirá obligado a resistir mediante la fuerza con los medios adecuados.

«Pensiero e Volontà»

1 de septiembre de 1924

Una vez más, Malatesta nos aleja de la diatriba teórica sobre la violencia y la no violencia. Los anarquistas quieren la eliminación de la fuerza bruta en las relaciones sociales, pero en las actuales condiciones de lucha predicán y practican, cuando pueden, el uso de medios violentos. Esto no ocurría únicamente en los tiempos de Malatesta, también ocurre actualmente. Hoy en día los anarquistas también sostienen la necesidad del uso de la violencia para atacar al enemigo que oprime y reprime. Para que dos puedan vivir en paz, es necesario que estén dispuestos recíprocamente a respetarla. Hoy el poder ha perfeccionado los aparatos ideológicos y propagandísticos a través de los cuales difunde la idea de paz mientras, esencialmente, practica y prepara la guerra. Hoy, menos claramente que en los tiempos de Malatesta, es necesario hacer un esfuerzo de profundidad analítica

para entrar dentro de estos mecanismos de tapadera que nos tienen bajo control, que nos numeran, registran, administran, ahogan. Que el opresor hable de paz no significa que realmente sea portador de paz. Esto los anarquistas lo saben, pero no siempre les resulta fácil cumplir el paso sucesivo, el de la acción violenta, el del ataque. Justamente Malatesta habla de «dignidad del individuo», y es precisamente esto lo que empuja a tanta gente a rebelarse, y esa respuesta a veces es tan incontrolada que llega a ser incomprensible para muchos. Pero no podemos perdernos en los aspectos exteriores, hay que entrar en el interior de los hechos, e incluso en esos ataques que no pudiendo alcanzar los huesos se limitan a arañar la piel, que no pudiendo llegar a tocar el fondo se limitan a manchar los símbolos. La búsqueda de los medios «adecuados» de los que hablaba Malatesta no siempre es posible, más a menudo la sangre sube a los ojos antes de que la cabeza conteste a las preguntas del cerebro. ¿Por qué condenar estas expresiones de violencia contra los símbolos del poder? Podrían ser autoreferenciales y así volver rápidamente otra vez en esas lagunosas áreas de recuperación minuciosamente subvencionadas por el poder. Pero podrían ir más allá. Fuera del alcance de sus cómplices.

La lucha contra el gobierno se convierte, a fin de cuentas, en lucha física y material. El gobierno hace la ley. Así que este ha de poseer una fuerza material (ejército y policía) para imponer la ley, ya que, de no ser así, solo obedecería quién quisiera, y eso no sería ley, sino más bien una simple propuesta que cada uno sería libre de respetar o rechazar. Y esta fuerza los gobiernos la tienen, y se sirven de ella para poder fortalecer su dominio con sus leyes y servir a los intereses de las clases privilegiadas, oprimiendo y explotando a los trabajadores. El límite de la opresión del gobierno es la fuerza que el pueblo pueda oponer. Puede existir un conflicto abierto o latente, pero conflicto lo hay siempre, visto que el gobierno no se detiene ante el descontento y la resistencia popular más que cuando huele el peligro de la insurrección. Cuando el pueblo se somete dócilmente a la ley o la protesta es débil y platónica, el gobierno hace lo que se le antoja sin preocuparse de las necesidades populares; cuando la protesta toma vida, se hace insistente y amenazadora, el gobierno, dependiendo de si está más o menos iluminado, cederá o reprimirá. Pero siempre se llega a la insurrección, porque si el gobierno no cede, el pueblo acaba por rebelarse; y si el gobierno cede, el pueblo adquiere confianza en sí y pretende cada vez más, hasta que la incompatibilidad entre la libertad y la autoridad se hace evidente y estalla el conflicto vio-

lento. Es necesario pues prepararse moral y materialmente para que, al estallar la revuelta violenta, la victoria sea del pueblo.

Programma Anarchico (Bolonia, julio de 1920) en «Umanità Nova»
12 de agosto de 1920

El enfrentamiento, precisa Malatesta, es algo físico, concreto y material. No se trata de una confrontación de ideas, no se trata de dar a conocer cuales son las interpretaciones de la vida que rigen las bases de la cultura anarquista y libertaria. Este punto de partida es ciertamente importante, difunde un concepto no violento, pluralista, contrario a la autoridad y al dominio, pero es solo la parte exterior de algo más profundo. El proyecto del poder es el de imponer sus condiciones, no se limita tan solo a diseñárnoslas; demuestra concretamente que quien no acepta las reglas impuestas es considerado un «fuera de la ley» y es azotado con sanciones más o menos serias, aunque capaces de meter miedo y de convencer a la gente a obedecer. La respuesta de los oprimidos puede ser más o menos fuerte, más o menos organizada, y es en estas diferentes maneras que se contraponen a las múltiples modificaciones que el poder crea, tanto en la opresión y el control, como en la libertad parcial que se siente obligado a conceder. Malatesta creía, en su época, que el movimiento hacia la insurrección era un proceso casi inevita-

ble causado por la contradicción entre lo que el poder está dispuesto a conceder y aquello que los oprimidos están dispuestos a soportar. Este análisis sufría de una reflexión de las contradicciones de origen social que derivaba del hegelismo marxista, hoy podemos ver más claramente que las cosas no son así. La capacidad de recuperación del capital es imprevisible y depende de la potencia de las nuevas tecnologías; el poder gestiona con mayor facilidad las contradicciones y no parece que entre ellas pueda haber una más consistente a la cual identificar como insuperable. El movimiento insurreccionalista es alimentado de la incompatibilidad radical entre autoridad y libertad, pero para poder realizarse es necesaria una preparación práctica que pueda nacer de condiciones contradictorias parciales, a veces incluso mínimas y seguramente remediabiles para el enemigo, pero que puedan ser momentos insurreccionales para proceder hacia la revolución. Entre líneas, Malatesta pone el acento en la necesidad de la preparación para la insurrección y lo pone sobre dos aspectos: la preparación moral y material. Ahora, no hay dudas de que si la primera es consecuencia de un aumento de la conciencia revolucionaria, la segunda no puede ser sino la preparación de una práctica insurreccionalista que nace y se adquiere con la lucha diaria y no con la espera de una apocalíptica e improbable batalla final. Hay que libe-

rar el terreno de la iconografía que quiere hacer de la insurrección una cuestión de barricadas y de lucha de grandes masas decididas a llegar al ajuste de cuentas. También los pequeños grupos locales pueden asumir connotaciones insurreccionalistas, también las luchas intermedias, si las condiciones en las cuales toman forma son las de la autonomía de las fuerzas políticas, de la conflictividad permanente y del ataque.

Esta revolución tiene que ser necesariamente violenta, aunque la violencia sea en sí misma un mal. Tiene que ser violenta porque sería una locura esperar que los privilegiados reconocieran el daño y la injusticia de sus privilegios, y se decidieran a renunciar de ellos voluntariamente. Tiene que ser violenta porque la violencia revolucionaria transitoria es el único medio para poner fin a la mayor y más perpetua violencia que tiene esclavizados a la gran mayoría de los seres humanos.

«Umanità Nova»

12 de agosto de 1920

El camino hacia la libertad no se puede recorrer paseando, hay que ser conscientes de que se trata de un recorrido sangriento y difícil, capaz de turbar los sueños de quienes, aún aspirando a la justicia y la igualdad, quisieran que estas diosas bajaran del Olimpo sin hacer demasiado ruido.

Malatesta es un revolucionario y no tiene motivos para alimentar estas ilusiones. Sabe que la violencia es dolorosa, pero también sabe que es necesaria. Pero no es en este punto donde hoy tendría que centrarse la atención. En la frase en cuestión está el concepto de «violencia transitoria», es decir, de una respuesta radical y extrema, pero limitada en el tiempo, a la ley de los dominadores que pretenden dominar para siempre. Esto nos deja entender la hipótesis de un hecho «transitorio». Los medios de producción en manos de los pocos explotadores irán a parar a las de todos para la abolición de toda explotación. Desgraciadamente, hoy no vivimos en una condición social así de clara y aparentemente (solo aparentemente) fácil de entender. Las actuales condiciones productivas no consienten una utilización revolucionaria directa, es decir, no se puede utilizar de manera diferente los medios de producción una vez se haya efectuado la expropiación. La tecnología hace que sea muy improbable un uso finalmente justo de los recursos que el capital ha acumulado. El nivel de destrucción necesario hoy en día es realmente mucho más grande y profundo de lo que podía serlo en los tiempos de Malatesta. Las dificultades para desarraigar hábitos y condicionamientos son tantas y el mismo proceso reeducativo podría requerir esfuerzos y luchas inimaginables. La recuperación de nuevas formas de gestión y

de administración centralizadas, que podrían presentarse bajo formas maquilladas y difíciles de descubrir inmediatamente, propondría una «transitoriedad» de la utilización de la violencia con tiempos muy largos. La conciencia de este difícil camino alimenta tantas perplejidades y da espacio a reflexiones respetables de quien espera que las cosas se arreglen lentamente, sin tirar demasiado de la cuerda. Luchar de manera concreta contra las formas actuales de este englobamiento ideológico y cultural es un proceso violento que ya no se puede aplazar.

Nosotros también tenemos los ánimos amargados por esta necesidad de lucha violenta. Nosotros, que predicamos el amor y que combatimos para alcanzar un estado social donde la concordia y el amor entre las personas sean posibles, sufrimos más que nadie ante la necesidad de tener que defendernos con violencia de la violencia de las clases dominantes. Pero renunciar a la violencia liberadora, cuando ésta es la única manera de poner fin al sufrimiento diario de las masas y a las crueles tragedias que azotan la humanidad, sería responsabilizarse de los odios que se lamentan y de los males que del odio surgen.

«Umanità Nova»
27 de abril de 1920

La autorización moral del uso de la violencia revolucionaria se encuentra justo en la necesidad de su uso. Esta necesidad encuentra su origen en el peligro constante que miles de hombres y mujeres corren a causa de la opresión y la explotación. Si se tratara tan solo de elegir entre la paz y la violencia, los anarquistas serían los primeros en elegir la paz, siendo partidarios del amor y la fraternidad universal. Pero no se trata de elegir. Ellos, como todos los que son alentados por la voluntad de hacer que se acabe el odio que atormenta a la humanidad, están obligados a escoger la violencia. Evidentemente, los partidarios de la opresión, los que la ejercen directamente y los que de ella sacan un beneficio, difícilmente compartirán esta conclusión. Al contrario, cuanto más se avanza hacia una sociedad capaz de administrar el dominio a través de la paz social, más nos damos cuenta de que los discursos ideológicos se vuelven sutiles, todos los opresores hablan de paz y fraternidad, todos acusan a quien se quiere liberar de la opresión de intolerancia y de violencia (con este propósito ha sido acuñado expresamente el concepto espurio de «terrorismo»). La presión ejercida sobre la formación pública de la opinión general es tal que muchos (la gran mayoría de la gente) están seriamente convencidos de ser tolerantes incluso cuando participan de forma más directa en la explotación y la represión. La sociedad en

la que vivimos, y la que gradualmente se va perfilando —de forma cada vez más evidente— para las próximas décadas, es difícilmente definible con los cánones rígidos de la división de clases de la época de Malatesta. Sin embargo, a pesar de estas crecientes dificultades, podemos estar seguros de que en algún lugar el enemigo continúa construyendo sus paradigmas de poder y que millones de colaboradores ven posible la aplicación de estos paradigmas. Atacar a esta trama y a las personas que la llevan a cabo significa librarse de la responsabilidad que acaba cayendo sobre todos aquellos que al no atacar se convierten en cómplices de la realización de aquellos proyectos del poder. Pero ¿por qué esta responsabilidad deriva del no actuar, del dejar que las cosas continúen así, es decir, de no afrontar hasta el final las consecuencias represivas inevitables de una acción por fuerza violenta?, ¿por qué razón esta valoración moral debe considerarse evidente? Esta pregunta es importante. De hecho, puede ser perfectamente que el propio hecho de no participar, de abstenerse (por ejemplo, limitándose a no votar) pueda ser considerado una forma suficiente de cortar el cordón umbilical de esa responsabilidad. De hecho estamos, en este caso, frente a una verdadera acción positiva dirigida a entorpecer el mecanismo represivo o de gestión que nos domina. Pienso que las personas han de sentirse responsables (y

no ser juzgadas responsables por alguien) solo de lo que saben. Si alguien está completamente convencido de que basta (supongamos) con no votar para sentirse libre de su crimen participativo en relación a las instituciones, entonces es justo que de buena fe se considere libre de cualquier responsabilidad. Pero ¿qué persona que esté apenas informada sobre la realidad que nos afecta puede llegar a estas conclusiones sin reírse de sí mismo? A medida que tome conciencia de la realidad de la sociedad en la que vive, se documente y se ponga al día, más insurgirá su corazón contra los paliativos que la mente racional había encontrado para acallar la conciencia. Solo que a menudo nuestros intereses cotidianos —la familia, la carrera, el dinero, etc.— hacen de velo y nuestros esfuerzos para quitarlo casi nunca son los adecuados para revelar la luz deslumbrante que éste esconde. Al final nos convencemos de que los únicos responsables de la explotación y la opresión son solo los explotadores y los opresores, y girándonos hacia otro lado, continuamos nuestra siesta.

Nosotros, por principios, estamos en contra de la violencia, y por este motivo queremos que la lucha social, mientras la haya, se humanice lo máximo posible. Pero de ninguna manera esto significa que la lucha tenga que ser menos enérgica y menos radical, es más, creemos que las medias medidas tienden a prolongar inde-

finidamente la lucha, a hacerla estéril y a producir, en fin, una cantidad todavía más grande de esa violencia que se quiere evitar. Tampoco significa que nosotros limitemos el derecho de defensa a la resistencia contra la agresión material e inminente. Para nosotros el oprimido se encuentra siempre en un estado de legítima defensa y tiene siempre pleno derecho a rebelarse sin tener que esperar a que se le fusile, y sabemos muy bien que muy a menudo el ataque es el mejor método de defensa. Y aquí entran en cuestión los sentimientos, y para mí los sentimientos cuentan más que cualquier razonamiento.

«Fede»

28 de octubre de 1923

De lo que he dicho antes, considerando el conjunto de las reflexiones presentadas, puede parecer que yo quiero sostener una predilección personal por la violencia. El oprimido —y son las palabras exactas de Malatesta— precisamente porque lo es, se encuentra siempre en un estado de legítima defensa. En otros términos, éste está legitimado moralmente a rebelarse, y esto sin que de la otra parte la represión sea llevada al extremo, es decir, que la situación objetiva en la que vive el oprimido llega a alcanzar un estado intolerable. Este punto es importante, arroja una luz consistente sobre la decisión del rebelde de atacar al enemigo

que lo reprime. No es indispensable que éste se encuentre con el agua al cuello, es decir, que le disparen. Pero entonces, ¿qué es lo que hace falta? La respuesta es evidente, hace falta que él se apropie de la conciencia de la situación en la que se encuentra, es decir, que adquiera la capacidad de leer entre las líneas ideológicas que el poder crea para enredar antes de oprimir o suprimir. Por lo tanto, más se desarrolla esta profundización y más penetra entre las líneas interesadas del represor de turno, más la rebelión se desencadena, aunque en la aparente condición de tolerabilidad represiva puesta en práctica por el poder. Por otro lado, muy a menudo hemos visto como la conciencia revolucionaria, a medida que se desarrolla, tiene como objetivo atacar al enemigo, que con la propia acción represiva le ha dado vida y como tarde o temprano acaba —al no llegar a la determinación de este ataque— por morderse a sí misma. A veces esto puede llevar a un extremismo muscular que interpreta que todo se puede reconducir a una cuestión de fuerza militar. Quien cae en este error acepta como terreno del enfrentamiento de clases el elemento que normalmente es privilegio del poder. Una prolongación de la intervención violenta, en condiciones que no son revolucionarias, produce un cierre del mundo en el que actúa el rebelde y una exacerbación de la especialización de las intervenciones. Estas dos orientaciones son rápidamente captadas

por el poder que sabe muy bien como intervenir. La intensificación de las acciones violentas realizadas por una minoría de rebeldes no corresponde necesariamente con un aumento del proceso de rebelión. Este último aspecto está atado a otras condiciones, de las cuales la mayor parte son de naturaleza económica y que la rebelión solo puede evidenciar pero no promover. Podemos entonces encontrarnos de frente a un progresivo aislamiento de la rebelión y a la necesidad de un autoreconocimiento. En otras palabras, las acciones de ataque se intensifican para seguir existiendo como entidad de rebelión dotada de una cierta conciencia revolucionaria y de un proyecto más o menos específico en sus detalles. Continuando en esta dirección, la realidad se nos escapa completamente de las manos y la visión especialista tiende a reproducirse en la propia óptica militarista. Si el oprimido tiene siempre derecho a rebelarse, la conciencia revolucionaria necesaria para que esta rebelión se transforme en un hecho real lo debe asistir hasta el final, es decir, tiene que indicar también los límites y el significado de las acciones que toma.

Los anarquistas carecen de hipocresía. La fuerza hay que rechazarla con la fuerza: hoy contra las opresiones de hoy; mañana contra las opresiones que podrían intentar sustituir a las de hoy.

«Pensiero e Volontà»,
1 de septiembre de 1924

Malatesta no se hace ilusiones de que los anarquistas serán los únicos en hacer la revolución, que la próxima revolución será la definitiva, la social, la anarquista. Sabe que casi seguro podría ser indispensable tener que volver a combatir contra los futuros opresores. Hoy sabemos que esta perspectiva tiene mucho fundamento, porque muchos se hacen ilusiones con poder utilizar —claro que de manera diferente— las fuerzas productivas del capital; cosa de la cual dudamos rotundamente. Enseguida, muchos de los supuestos revolucionarios —una vez desempolvada la propia vocación represiva— intentarán gestionar la cuestión pública en nombre de sus propios intereses y sus propias ideologías. Contra estos la lucha será, irremediablemente, la continuación de la precedente, igual de feroz y difícil. Muchos han deducido de esta perspectiva que, siendo los anarquistas (más o menos) la voz en el desierto, tanto vale que se dediquen a esto: a hacer de Casandra, sin ensuciarse mucho las manos en el barro de las cosas concretas, de los ataques destructivos a realizar, empezando por el ahora y no aplazándolos para mañana, ya que tarde o temprano estarían obligados a retomar el análisis crítico de los resultados alcanzados y a recomponer la organización de lucha precedente. En otras palabras, al no poder ser plausiblemente la propia revolución (aquí razonamos a lo grande) la buena, es necesario mantener-

se alejados esperando con el bolígrafo rojo para subrayar los (inevitables) errores de los demás. Si esto es válido para la «revolución», pensad en las luchas parciales, en las llamadas «luchas intermedias». Pensad en cada insurrección individual que no puede evitar empezar en un punto cualquiera de la lucha de clases.

[Refiriéndose a los hechos del «Diana»] Yo dije que esos asesinos son también santos y héroes; y contra esta afirmación protestan esos amigos míos, en honor a esos que ellos llaman los héroes y los santos verdaderos que, por lo que parece, no se equivocan nunca. Yo solo puedo confirmar lo que dije... ya basta con las sutilezas. Lo importante es no confundir los hechos con las intenciones, y al condenar lo negativo no olvidarnos de reconocer las buenas intenciones. Y esto no solo por respeto a la verdad, no solo por piedad humana, sino también por razones de propaganda, por los efectos prácticos que nuestro juicio puede producir. Hay y habrá siempre, mientras continúen las condiciones actuales y el ambiente de violencia en el que vivimos, personas generosas, rebeldes y súper sensibles, pero carentes de capacidad de reflexión, que en ciertas circunstancias se dejan llevar por las pasiones y golpean a ciegas. Si nosotros no reconocemos altamente la bondad de sus intenciones, si no distinguimos el error de la maldad, perderemos toda influencia

moral hacia ellos y los abandonaremos a sus ciegos impulsos. Si en cambio rendimos homenaje a su bondad, a su coraje, a su espíritu de sacrificio, nosotros podremos llegar a su inteligencia por el camino del corazón y hacer que ese tesoro de energía que está en ellos pueda ser utilizado a favor de la causa de manera inteligente, buena y útil.

«Umanità Nova»

24 de diciembre de 1921

El rebelde surge y apuntando contra el enemigo mata a inocentes. Esto sucedió en el teatro Diana en 1921, pero ahora mismo estoy pensando en el ataque de Gianfranco Bertoli¹ contra la comisaría de Milán en la calle Fatebenefratelli y en los muertos que su bomba dejó en la calzada. El razonamiento de Malatesta es calmo pero determinante, es un razonamiento responsable que no cae en la histeria. Concentra la atención hacia los compañeros autores de dicho acto, les conoce, sabe que son buenos compañeros y que se han equivocado. Sabe que cometer errores es algo que puede su-

1. El 17 de mayo 1973 Gianfranco Bertoli arrojó una granada de mano en el patio del cuartel de la policía en la calle del hospital Fatebenefratelli en Milán, durante la inauguración de un busto en memoria de Comisionado Luigi Calabresi, al que asistió el entonces ministro del Interior, Mariano Rumor. La bomba no alcanzó al ministro, que ya se había ido, pero mató a 4 personas e hirió a otras 45. (*N. del T.*)

ceder. Bertoli lanza su bomba dentro de la puerta de la comisaría, pero un policía la rechaza dándole una patada y ésta explota entre la gente que hacía cola para hacer tramites administrativos. En aquel momento —no conociendo a Bertoli y analizando su autobiografía publicada en el periódico «Gente»— yo mismo había definido condenable su acción pues no había manera de individuar en la historia de su vida las características de un individualista «stirneriano», como parecía que él mismo se declaraba. Fue casi treinta años más tarde que pude corregir mi error cuando, al haber entablado una correspondencia epistolar con él, conocí mejor al compañero y vi sus virtudes, las cuales no aparecían en dicha autobiografía. Malatesta tiene los conocimientos oportunos, sabe que Mariani, Aguggini y los demás son compañeros conocidos y de fiar, es decir, sabe que se encuentra de frente a un lastimoso error y afronta este delicado argumento. Lamenta y se aflige por los muertos pero también lamenta y se aflige por la suerte de los compañeros, por la responsabilidad que han asumido y que están dispuestos a sostener pagando delante de la así llamada justicia. Lo que cuenta, dice, son las intenciones. Pero ¿las intenciones no eran *pavimento dell'inferno*²? Claro, es justamente esto lo que

2. «Pavimentación del infierno» en castellano. Cita de Dante Alighieri, que significa que a menudo los métodos justifican

afirma la moral burguesa, siempre lista a aferrarse a los efectos, a analizar los resultados y a colocar su juicio sobre el metro de la economía. Esta coloración moral la encontramos a veces entre los mismos anarquistas, los cuales han llegado a preguntarle a Mariani y a Bertoli: «¿A quién puede beneficiar este tipo de acción?». Solamente a la represión. Ahí tenemos la respuesta. Y a partir de este punto, la conclusión se extiende descaradamente. La represión es la que siempre se beneficia de cada acción que pretenda atacar al enemigo, que pretenda hacer sentir más cerca —justo en sus orejas— el gesto evidentemente poco amistoso del rebelde. ¿Cuántas son las declaraciones de exención que puntualmente se presentan de frente a cualquier acontecimiento que se sale un poco de las filas de la ortodoxia de la opinión? Contarlas no le interesa a nadie. Seguramente sean una señal de sutileza política, pero también de miopía moral. Malatesta, por el contrario, corre el riesgo de bajar al infierno y habla de las intenciones. Sabe que éstas no salvan de la responsabilidad (moral) a los asesinos —porque de asesinos se trata— pero sabe también que callarse o, aun peor, agregarse a las reprimendas de los *tartuffi*³, negaría el mismo

el fin, y que se justifican las acciones más crueles y moralmente reprochables con la excusa de que todo eso se hace con un fin noble o por una buena causa. (*N. del T.*)

3. Un tartufo es —en castellano— una «trufa». Se refiere a un

principio propagandista de la anarquía militante, negaría todos los esfuerzos que cada día hacemos para convencer a la gente de la necesidad de rebelarse y atacar al enemigo que oprime y explota.

McKinley, el jefe de la oligarquía norteamericana, el instrumento y defensor de los grandes capitalistas, el traidor de los Cubanos y Filipinos, el hombre que autorizó la masacre de los huelguistas de Hazleton, las torturas de los mineros de Idaho, y las mil infamias que cada día en la «república modelo» se cometen contra los trabajadores, ese que representaba la política militarista, conquistadora, imperialista, en la que se ha lanzado la gorda burguesía americana; ha caído víctima del revólver de un anarquista. ¿De qué queréis que nos apenemos, si no es por la suerte reservada al generoso que, oportuna o inoportunamente, con una buena o mala táctica, se ha dado en holocausto a la causa de la igualdad y de la libertad? Lo repetimos en éste como en todos los momentos análogos: visto que la violencia nos rodea por todos lados, nosotros, continuamos luchando con serenidad para que se acabe esta horrible necesidad de tener que responder a la violencia con violencia, aunque deseando que venga pronto el día en que los antagonismos de inte-

personaje de Molière, típicamente hipócrita y moralmente subterráneo. (*N. del T.*)

reses y de pasiones entre las personas se podrán resolver con medios humanos y civiles, guardamos nuestras lagrimas y nuestras flores para otras personas que no sean estos personajes, los cuales, metiéndose a la cabeza de las clases explotadoras y opresoras, asumen la responsabilidad y se enfrentan a los riesgos de la propia posición. Pero ha habido anarquistas que han encontrado útil y bonito el insultar al oprimido que se rebela, ¡sin tener una sola palabra de reprobación para el opresor que ha pagado el precio de los delitos que había cometido o dejado que se cometieran! ¿Es una aberración, un insano deseo de obtener la aprobación de los adversarios, o es incauta «habilidad» que quisiera conquistar la libertad de propagar las propias ideas, renunciando espontáneamente al derecho de expresar el verdadero y profundo sentimiento del ánimo, es más, falsificando este sentimiento fingiendo ser diferentes de como uno es? Lo hago con pesar, pero no puedo evitar manifestar el dolor y la indignación que me ha producido a mí y a los compañeros que en estos días he tenido ocasión de ver, las palabras imprudentes que «L'Agitazione» ha dedicado al atentado de Buffalo. «¡Czolgosz es un inconsciente!» —Pero ellos, ¿le conocen?— «¡Su acto es un delito común que carece de los atributos indispensables para que un acto similar pueda definirse como político!». Creo que ningún fiscal, por regio o republicano que sea, osaría afirmar algo así. De hecho, ¿hay al-

gún motivo para juzgar a Czolgosz empujado por intereses o rencores personales?... Ya, es impropio hablar de delito en casos similares. El código lo hace, pero el código está hecho contra nosotros, contra los oprimidos, y no puede servir de criterio a nuestros juicios. Estos son actos de guerra; y si la guerra es delito, lo es para quienes en ella están de parte de la injusticia y de la opresión. Pueden ser, o son, delincuentes los ingleses invasores del Transvaal; no lo son los Boeri cuando defienden la propia libertad, aunque la defensa fuese sin la esperanza de vencer. «El acto de Czolgosz (podrían contestar los de 'L'Agitazione') para nada ha hecho avanzar la causa del proletariado y de la revolución; a McKinley le sigue su símil Roosevelt y todo queda igual que antes, a parte de que la situación es ahora un poco más difícil para los anarquistas». Y puede ser que «L'Agitazione» tenga razón; es más, en el ámbito estadounidense, por lo que yo se, me parece probable que así sea. Esto quiere decir que en la guerra hay acciones acertadas y otras equivocadas, hay combatientes sagaces y otros que —dejándose transportar por el entusiasmo— se ofrecen al enemigo como blanco fácil o bien comprometen la posición de los compañeros; esto significa que cada uno tiene que aconsejar, defender y practicar la táctica que considere más adecuada, para alcanzar la victoria en el más breve tiempo y con el menor de los sacrificios posibles; pero no puede alterar

el hecho fundamental y evidente de que quien combate, bien o mal, contra nuestro enemigo o con nuestras mismas intenciones, sea nuestro amigo y tenga derecho, desde luego, no a nuestra incondicional aprobación, pero sí a nuestra cordial simpatía. Que la unidad combatiente sea un colectivo o un individuo solo, no cambia nada al aspecto moral de la cuestión. Una insurrección armada hecha inoportunamente, puede producir un daño real o aparente a la guerra social que nosotros combatimos, como lo hace un atentado individual que sacude el sentimiento popular; pero si la insurrección está hecha para conquistar la libertad, ningún anarquista le negará su simpatía, ninguno, sobre todo, osará negar el carácter de combatiente político-social a los insurgentes vencidos. ¿Por qué tendría que ser diferente si el insurgente es solamente uno? «L'Agitazione» ha dicho bien que los huelguistas tienen siempre razón, y lo ha dicho —aunque sea evidente que no todas las huelgas sean aconsejables— porque una huelga que no sale bien puede, en ciertas circunstancias, ser causa de desánimo y dispersión de las fuerzas obreras. ¿Por qué lo que es cierto en la lucha económica contra los patrones no lo es en la lucha política contra los gobernantes, que con el fusil del soldado y las esposas de los gendarmes quieren hacernos siervos de ellos mismos y de los capitalistas? Aquí no se trata de debatir sobre la

táctica. Si de ello se tratara, yo diría que prefiero la acción colectiva a la individual, porque con la acción colectiva —que requiere cualidades medias bastante comunes— más o menos se puede contar, mientras no se puede contar con el heroísmo —excepcional y de naturaleza propia esporádica— que requiere el sacrificio individual. Se trata ahora de una cuestión más alta: se trata del espíritu revolucionario, se trata de aquel sentimiento casi instintivo de odio contra la opresión, sin el cual no tiene ningún sentido la letra muerta de los programas, por más libertarios que sean los propósitos afirmados; se trata de aquel espíritu de combatividad, sin el cual incluso los anarquistas se dejan domesticar y van a parar, por una u otra vía, al pantano del legalismo... Es estúpido, para salvar la vida, destruir las razones del vivir. ¿De qué sirven las organizaciones revolucionarias si se deja morir el espíritu revolucionario? ¿Para qué la libertad de propaganda, si ya no se propaga lo que se piensa?

«L'Agitazione»

22 de septiembre de 1901

Respondiendo a Luigi Fabbri, que había definido el asesinato del presidente estadounidense como un acto inclasificable y una mala acción inconsciente, se preocupa antes que nada de sostener con firmeza la legitimidad de cualquier ataque contra

el opresor. Es precisamente en el anarquista que atenta en quien piensa y no en las consecuencias represivas que el acto en cuestión habría inevitablemente desencadenado. No toma distancia, se coloca enseguida del lado del rebelde. Se convierte en partidario de la violencia para que la violencia pueda acabar lo antes posible, para que pueda acabar la necesidad de responder a la violencia con violencia. Lamenta que algunos anarquistas hayan podido insultar al oprimido que se rebela, y define este comportamiento como un deseo malsano de obtener los aplausos de los adversarios. He aquí un punto sobre el cual tendríamos que detener nuestra reflexión. No hay nada que el enemigo pueda compartir con nosotros en esta guerra de clases; no hay ni reglas ni honor de las armas. Puede que más feroz que la propia represión material sea la que se cumple haciendo recurso a la mentira, a la desinformación, a las calumnias. El enemigo ataca poniéndonos «fuera de la ley» (preventivamente) y «fuera de la lógica» (sucesivamente). Afirma que cada rebelión hacia las autoridades constituidas es ir contra las leyes hechas expresamente para garantizar la convivencia común, no entiende como puede suceder todo esto, como puede haber personas que no compartan el mejor de los mundos posibles, el único mundo que de todas maneras se puede perfeccionar a través de las mejoras y reformas. El hecho es que la lógica de la rebelión no le pertene-

ce, es un asunto del todo incomprensible para él, y con esto hay que resignarse. No podemos atacarle y pretender que el poder comparta las reglas de este ataque, porque se trata de un ataque que sigue reglas diferentes de las que sustentan los procesos de la violencia opresiva. Si nos convencemos de ello acabaremos dándonos cuenta de que nuestras acciones de ataque contra el poder son «ilógicas». No tiene sentido —es decir, no tiene sentido para la lógica del poder y de la gente conformista que es cebada por el poder— que Czolgosz dispare a McKinley, si a cualquier McKinley le puede sustituir un Roosevelt. Y que esta consideración sea hecha por el enemigo es más que justo, pero lo que duele es que muy a menudo sea hecha por no pocos compañeros. ¿Qué sentido tiene tirar un poste, o mil doscientos (que son los que se han derribado en Italia en los últimos quince años), si luego la Enel⁴ construye otros tantos y encima rápidamente? ¿Qué sentido tiene tanto empeño si ese empeño se reduce solo en desinflar el globo del hijo del mariscal? Para entender cual puede ser el sentido de los pequeños ataques difundidos en el territorio, es necesario aceptar una lógica diferente de la lógica de los patrones y del poder. Pero aceptar una lógica diferente a menudo entra en conflicto con lo más cercano a nuestra manera de ser, es decir, entra

4. Compañía de la luz en Italia. (*N. del T.*)

en conflicto con nuestra forma de pensar. Nosotros somos lo que pensamos y pensamos lo que somos. Podemos ciertamente pensar algo que nunca haremos o seremos, pero este pensamiento no permanece demasiado tiempo en nuestra mente; como una fantasía del sábado por la noche, se desvanece a la primera luz del lunes. Malatesta habla de combatientes sagaces o menos sagaces, de los que frenan el propio entusiasmo y de los que se dejan llevar por éste, pero no se da cuenta de que la valoración se hace con una unidad de medida que no nos pertenece. Cuando nos movemos en la acción que intenta acercarse al enemigo lo máximo posible para llegar a inquietarlo en sus certidumbres, cada cálculo de conveniencia, cada valoración táctica, cada conocimiento técnico y cada profundización teórica pueden asistirnos, pueden estar todos de nuestro lado e iluminarnos el camino, pero el último tramo, ese que levanta el ánimo de las demoras finales, que todo aprieta en los momentos en que se supera la propia fractura moral, lo debemos recorrer solos. Aquí cada uno está solo con la propia coherencia moral, con la propia conciencia revolucionaria, con el propio deseo de acabar con la opresión y la explotación. ¿Que importa si de la acción sale un gesto aproximativo, algo que la luz lógica de la deslumbrante no-contradictoria valoración valorará como una «mala acción inconsciente»? Somos nosotros los que hemos hecho esa acción, somos nosotros los que hemos tomado la responsa-

bilidad, no solamente de la acción en sí, sino también de todas las valoraciones de conveniencia, de táctica, etc. Y somos nosotros los que hemos decidido llevarla a cabo. Nuestra acción, en el fondo, es lo que somos nosotros mismos.

Trieste-Catania
noviembre de 2003

Nota de la editorial

Hay algo que hace que tanto Malatesta como Bonanno, más allá de las diferencias y similitudes entre ambos, sean objeto de respeto y controversia. Ambos provienen de Italia, más particularmente de la región del sur, y son referentes teóricos para muchxs libertarixs de todo el planeta. Quizás lo más importante es que los dos, a diferencia de otros «teóricos» revolucionarios, nunca separaron la teoría de la práctica, las ideas de los hechos. Nunca se han contentado con la comodidad del teórico, del burócrata de las ideas. Son las acciones las que cuentan y las palabras sin acciones duran muy poco, de lo contrario, serán las palabras que mutan lenta o rápidamente hasta que puedan sobrevivir por sí mismas, áridas y frías, superficiales y falsas, sin necesitar ninguna acción, es más, matándola, junto a toda pasión y vitalidad. Tanto Malatesta como Bonanno han sabido atacar lo existente sin hacer separaciones entre sus pensamiento y sus actos, así como ambos comprendieron que siempre hay algo que hacer, que siempre se puede atacar. Nunca podemos perder la imaginación y pensar «me voy de vacaciones porque ahora mismo no hay nada que tenga sentido hacer, no hay nada que pueda llevar a cabo». Eso, sobre todo, por el simple hecho de que aquellos que están del otro lado de las barricadas nunca pararán por propia iniciativa, siempre seguirán masacrando y queriendo masacrar. Mientras tanto el sistema seguirá teniendo puntos débiles, unos nudos vitales que los insurrectos podemos golpear con mayor o menor facilidad, pero podemos golpear. Sus palabras han

sido como los truenos de sus rayos, y eso los llevó a que sufrieran a lo largo de sus vidas, repetidas veces, las garras de la represión. Bonanno se encuentra desde octubre de 2009 en la prisión de Korydallos (Atenas) en Grecia, acusado de participar en la expropiación de un banco junto al anarquista griego Christos Stratigopoulos. Las condiciones carcelarias que ambos enfrentan son extremadamente duras, considerando además los 73 años y el delicado estado de salud de Bonanno. Se rumorea que es el preso con mayor edad actualmente encarcelado en Grecia.

Barcelona, verano de 2010

Se puede escribir al compañero a la siguiente dirección:

Alfredo M. Bonanno
Filakes Solomou 3-5
18110 – Korydallos
Atenas
Grecia

De Malatesta se pueden conseguir en castellano, además de folletos, varias recopilaciones de textos, entre ellas una llamada «Escritos» (Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid 2002) y la recopilación de Vernon Richards, «Malatesta. Pensamiento y acción revolucionarios» (Utopía libertaria, Buenos Aires 2007).

De Bonanno en castellano están los folletos «La tensión anarquista» y «El placer armado», entre otros, y los libros «No podréis pararnos» (Klinamen, Madrid 2005), «Encerradxs bajo llave» (Anomia, Barcelona 2009), «Crítica de los métodos sindicales» (Aldarull, Barcelona 2010). Muchos de sus textos también se consiguen en Internet.